

ISSN 2362-535X

ANUARIO ΕΠΙΜΕΛΕΙΑ

ESTUDIOS DE FILOSOFÍA E HISTORIA DE LAS RELIGIONES

Francisco García Bazán
Leandro Pinkler
Diego Gerzovich
Paola Druille
José María Nieva
Graciela Ritacco de Gayoso
Juan Bautista García Bazán
Viviana Suñol
Juan Carlos Alby
Fabián Ludueña Romandini
Laura Perez
Emmanuel Taub
Cristina Marta Simeone
Hanna Chodowiec de Chelmicki
Hernán Scholten
Valentín Romero



ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES
CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI
Sección de Filosofía e Historia de las Religiones

Año III – N° 4 – 2013

ANUARIO ΕΠΙΜΕΛΕΙΑ

ESTUDIOS DE FILOSOFÍA E HISTORIA DE LAS RELIGIONES



**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES
CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI
Sección de Filosofía e Historia de las Religiones**

Alvear 1711 (3º piso)
C1014AAE Ciudad de Buenos Aires
República Argentina

Año III – N° 4 – 2013

ANUARIO EPIMELEIA
Estudios de Filosofía e Historia de las Religiones

Comité Académico:

José Antonio Antón Pacheco (Universidad de Sevilla), Juan E. Bolzán (CONICET), Alberto Caturelli (CONICET), André Coyné (Université d'Abidjan), Raffaele Farina (Pontificia Università Salesiana), Giovanni Filoramo (Università di Torino), Stephen Gersh (Medieval Institute University of Notre Dame), John Glucker (Tel Aviv University), Jean-Pierre Laurant (Ecole Pratique des Hautes Études-Sorbonne), Grazia Marchianò (Università di Siena), José Pablo Martín (CONICET), José Monserrat Torrents (Universitat Autònoma de Barcelona), Evangelos Moutsopoulos (Universidad de Atenas), Juan Fernando Ortega Muñoz (Universidad de Málaga), Birger A. Pearson (University of California-Santa Barbara), Kurt Rudolph (D. D. Philipps-Universität Marburg), Miguel Verstraete (Universidad Nacional de Cuyo)

Director:

Francisco García Bazán

Secretario:

Juan Bautista García Bazán

Comité de Redacción:

Juan Carlos Alby, Claudio Calabrese, Olivia Cattedra,
Patricia Andrea Ciner, Hanna Chelmicki,
Andrea P. De Vita, Jorge F. Ferro,
Bernardo Nante, José María Nieva, Leandro Pinkler,
Graciela L. Ritacco de Gayoso,
Cristina Simeone, Cecilia Romana

AUTORIDAD ESPIRITUAL Y PODER TEMPORAL EN LA TRADICIÓN CRISTIANA

Francisco García Bazán
(CONICET-ANCBA-FUNDTARD)

Resumen

Ha sido el tradicionalista francés René Guénon el que en su obra clásica de la filosofía política, *Autorité spirituelle et pouvoir temporel*, publicada por Les Éditions Véga, París, en 1930, trajo a la memoria de los estudiosos del siglo veinte la vigencia de la relación entre la *auctoritas* y la *potentia* para poder llevar a cabo un análisis acertado sobre la concepción de la Política, abarcante de los fenómenos políticos en su doble nivel sagrado y profano. El pensador francés ha abordado la cuestión desde una perspectiva metafísica universal haciendo hincapié sobre el vínculo entre religión y política, examinando las analogías entre la tradición hindú y la de la Edad Media y Bernardo de Claraval. La doctrina, sin embargo, se manifiesta en Occidente con precisión a fines del siglo V° cuando los reyes bárbaros, arrianos, habían invadido el imperio de Occidente, con el papa Gelasio (492-496) y deja un sello indeleble en posteriores papados. El presente trabajo tiene la intención de mostrar la continuidad y vigencia de la enseñanza papal en relación con el principio tradicional sobre el poder y el rastreo de sus posibles antecedentes histórico-tradicionales.

Palabras clave: cristianismo, Guénon, papado, patrística, tradición

1. La enseñanza metafísica de René Guénon

Recordemos sintéticamente el cuadro general en el que se inscribe el aspecto del pensamiento guenoniano al que nos vamos a referir:

Los temas cultural y político se implican mutuamente en su natural desarrollo dentro del cuadro de visión del pensador francés, y los dos capítulos, a su vez, se subordinan también a la marcha de la historia, entendida ésta como biografía integral o cósmica de la realidad natural o ámbito de lo manifestado en ininterrumpida transformación.

Los indicios y destellos de una concepción de la historia del mundo, de la cultura y del fenómeno político, se encuentran inextricablemente expuestos en los veintiocho libros y opúsculos publicados y ampliamente conocidos de nuestro autor. Pero si nuestra intención es enfocar sistemáticamente estos tópicos, es posible observar que ellos se encuentran particularmente desarrollados en algunas obras. De esta manera se advierte que la sustancia más enjundiosa sobre la filosofía de la cultura describe una parábola que se propone como un programa de amplios alcances en la *Introducción General al Estudio de las Doctrinas Hindúes*, capítulos I y II de la Primera Parte (1921), se perfila críticamente en *Oriente y Occidente* (1924), se revela con la plenitud de la madurez del análisis en *La Crisis del Mundo Moderno* (1927) y ofrece la ratificación del previo esquema con la caracterización de una civilización en desgaste inexorable en *El Reino de la Cantidad y los Signos de los Tiempos* (1945).

Este libro escrito en El Cairo, cuando Guénon contempla serenamente el curso de los acontecimientos del mundo europeo, gracias a las garantías de estabilidad anímica que le otorga el privilegio de la integración de su personalidad en un medio iniciático reconocido, le

permite confirmar por medio de los efectos perjudiciales producidos, las tendencias culturales negativas puestas a la luz en el pronóstico de sus obras anteriores. La subordinación absoluta a la cantidad de cuanto es intrínsecamente cualitativo, o expresado con mayor sencillez, el materialismo ambiente tan raigal como generalizado en la sociedad contemporánea, le sorprendía como la prueba irrefutable de un mundo cultural intrínsecamente desordenado en cuyo pulso escondido se dejaba percibir la necesidad de su interna transformación por un movimiento de renovación. El fin del mundo como la conclusión de una etapa o ciclo histórico se imponía con la contundencia de sus indicios anteriores.

Finalmente, el estudio que especialmente aborda la doctrina política dentro de la producción más amplia de Guénon es *Autoridad Espiritual y Poder Temporal* (1929), un verdadero clásico de la filosofía política y que como tal resulta coherente que sea ignorado por la gran mayoría de los intérpretes contemporáneos que se dedican a esta disciplina y a sus ciencias auxiliares. El contenido teórico de este libro quedó poco después ratificado por otro breve escrito independiente y a él ligado, el opúsculo dedicado a Bernardo de Claraval. El primer volumen fue redactado a causa de un hecho circunstancial, pero que tocaba íntimamente los sentimientos tradicionalistas de nuestro autor. El motivo coyuntural que exigió a Guénon esta toma de posición ante el debatido problema de las relaciones entre la religión y la política, se remontaba a fines de 1926 y a los debates subsiguientes que originó la alocución *Misericordia Domini* del Pontífice Pío XI con su condena al movimiento político la *Acción Francesa* inspirado por Charles Maurras y su famosa respuesta de no acatamiento a la exhortación papal, lo que le valió que la revista del movimiento fuese inscrita en el Índice, Guénon interpretó esta posición de rebeldía de la fuerza política como un síntoma más de la mentalidad moderna y trató de definir en su obra la doctrina tradicional sobre este punto. La conocida librería y casa editora de libros de filosofía, Joseph Vrin, de reconocida trayectoria católica, le editó el libro. En el volumen Guénon se exploya con la sinceridad que le es característica sobre los fundamentos y proyecciones de una concepción tradicional del hecho político. Sostiene el sentido de la organización política tradicional sobre el fundamento de la autoridad espiritual o intelectual que conserva por la contemplación y estudio de la doctrina los principios de gobierno. El núcleo de la explicación gira por consiguiente sobre la caracterización y funciones de los estamentos más nobles de la jerarquía comunitaria: la autoridad sacerdotal o intelectual y el poder o fuerza del nivel guerrero, y sobre su recíproca gravitación un rasgo que se proyecta asimismo sobre el equilibrio estable del organismo sociopolítico total. Mientras que la potencia espiritual se basa en la contemplación de los principios y la meditación sobre sus contenidos, el poder temporal ejerce su propia función administrativa, judicial y militar descansando por derecho en ella.

El folleto sobre Bernardo de Claraval le fue encargado al metafísico francés para formar parte de una obra colectiva consagrada a grandes santos católicos. El proyecto editorial fracasó, pero Guénon tuvo la oportunidad de poder ofrecer ante el gran público por medio de estas pocas páginas un prototipo cristiano abarcante del hombre contemplativo y del hombre de acción, inserto, además, en la vida monástica. Esta figura religiosa venía de este modo a representar la síntesis armónica del cristianismo de la Edad Media al incluir en su imagen jerarquizada el elemento de la contemplación sacerdotal, la actividad guerrera y el trabajo de los artesanos constructores de catedrales. Paralelamente la persecución y destrucción de la Orden del Temple, la “milicia de Dios”, que él asimismo inspiró, le permite

al autor francés extraer estas conclusiones plenas de coherencia: «La Cristiandad se identificaba con la civilización occidental, fundada entonces sobre bases esencialmente tradicionales, como lo es toda civilización normal, y que iba a alcanzar su apogeo en el siglo XIII; la pérdida de este carácter tradicional debía por necesidad seguir a la ruptura de la unidad misma de la Cristiandad. Esta ruptura, que en la esfera religiosa fue llevada a cabo por la Reforma, se cumplió en el dominio político con la instauración de las nacionalidades, hecho precedido por la disolución del régimen feudal. Puede sostenerse asimismo apoyándonos en el anterior punto de vista, que quien asestó los primeros golpes al edificio grandioso de la Cristiandad medieval fue Felipe el Hermoso, el mismo que, por una coincidencia que ciertamente no tiene nada de fortuito, destruyó la orden del Temple, acometiendo con esto directamente a la obra personal de san Bernardo»¹.

¹ Ver F. García Bazán y otros, *René Guénon o la tradición viviente*, Hastinapura, Buenos, 1985, 25-26. Con referencia a civilización tradicional y ciclos cósmicos: una civilización tradicional es aquella que se organiza y procede en su existencia temporal sustentada e inspirada por principios que provienen de la tradición. Sabemos que el vocablo “tradición” mantiene implícito para Guénon un doble significado. Se refiere tanto al contenido objetivo y trascendente de los principios espirituales que configuran a una comunidad histórica normal, como al acto traslaticio regular, calificado y sin interrupción de la entrega sucesiva de los medios doctrinales y los signos que tienen como referentes a los mencionados principios. La tradición en su esencia transnatural es, por lo tanto, eterna e inmutable. En su nivel histórico o temporal es, empero, el reflejo de esos principios y la tradición, entonces, será más genuina, en la medida en que mejor conserve los aludidos *archai*. Esta transmisión podrá ocultarse, pero jamás extinguirse, ya que se trata de la garantía radical de la existencia del cosmos como composición organizada. De este fenómeno dinámico descripto deriva el hecho de la distinción histórica y legítima entre esoterismo y exoterismo. René Guénon llama tradición metafísica o esotérica al acto del mantenimiento y ejercicio en estado de pureza a través del tiempo, del conocimiento de los principios trascendentes que son percibidos directamente merced a la intuición intelectual (intelectual) o experiencia directa de las realidades absolutas. Esta vía tradicional, consecuentemente, torna posible la realización plena del ser humano, primero, por la intuición espiritual directa que hemos mencionado y, posteriormente, por las transformaciones graduales de la personalidad que conducen a la autorrealización final, liberación o logro de la Identidad suprema. El tradicionalista francoegipcio nos enseña, además, sobre *LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA TRADICIONAL*, que cualquier comunidad humana que viva según principios tradicionales ostentará una estructura orgánica orientada por el nivel o estrato espiritual. Cuando después de una gran disolución o asimilación del proceso cósmico imaginario o fenoménico en el centro móvil de lo Inmanifiesto, en virtud de los residuos de la actividad humano-cósmica resistente a lo divino, se reanuda la existencia manifestada con otro gran período cósmico. El estado de vida primero, en movimiento inespacial, por su interna perfección, es primordial y simbólicamente, celeste o paradisiaco. La proximidad espiritual con el Principio permite que este estadio de la manifestación sea estrictamente sobrehumano e inmortal. El hombre en esta situación se mantiene en estado de no caído y tampoco participa de las limitaciones de la individualidad. En esta fase la humanidad es principio y sobrepuja a toda organización comunitaria, por eso no existen las jerarquías y funciones sociales, es la situación espiritual de *hamsa*, o indiferenciación de los estamentos, previa a las diferenciaciones. Los primeros cristianos ortodoxos la consideraron la Iglesia preexistente (*II Carta de Clemente*) y paralelamente la corriente de los gnósticos, “El Eón de los eones”. Igualmente otros mitos y tradiciones arcaicas conservan los ecos de tal situación. Diferente de esta etapa es la del hombre arcaico o primitivo: él, sostenido por fundamentos religantes, vive en comunidades estructuradas según principios sagrados, jerárquica y funcionalmente. En estas sociedades el sacerdocio (*hierateía/hieratiké phylé*), como oficio colectivo de orientación espiritual, conserva la doctrina, los signos y los ritos, contempla y enseña. Las designaciones colectivas con las funciones que le son inherentes preceden siempre a las individuales. El sacerdocio es autoridad porque se sustenta en sí mismo. La clase de los combatientes o guerreros, por su parte gobiernan, es decir, ejercen las funciones administrativa, judicial y militar, conservando el orden interno estructuralmente ordenado, es decir, organizados según planos internos firmemente unidos y comunicantes (estructura viene de *struo, struxi, structum*, lo sólido y

2. La tradición pontificia de la autoridad espiritual y el poder temporal

R. Guénon ofreció con originalidad ensayística el sentido universal de la concepción de la autoridad espiritual y el poder temporal, pero esta teoría en su aspecto teológico-político encerraba un reflejo medieval que provenía de fines del siglo Vº. La doctrina había sido establecida por el papa Gelasio que dirigió la Iglesia de los años 492 al 496, al que se le

estratificadamente superpuesto) y preservándolo de los ataques exteriores, siendo el caos el más amenazante. Constituyen el poder, porque su potencia (*dýnamis*) es la omnipotencia (*dýnamis pánta*) que todo lo puede, pero no son la “gran potencia” (*megále dýnamis*), cuyo poder consiste simplemente en que no puede no ser. El poder político, por lo tanto, es contingente y ambiguo, lo “puede todo”, pero ejerce su fuerza externamente y se apoya en el vigor que le viene de otro, una fuente que puede ser auténtica –espiritual-, o bien espúrea, material. Los artesanos, por su parte, manufacturan los productos e intercambian los bienes y los servicios. Los agricultores trabajan la tierra y aportan a la comunidad sus frutos. Símbolos, leyendas y sistemas de castas mantienen el recuerdo de esta organización de funciones en relación con grados jerárquicos, o sea, sagrados, acordes con las capacidades comunitarias respectivas de los seres humanos organizados. En la medida en que Occidente se conservó fiel a una doctrina tradicional mantuvo también una estructura social paralela. La Europa medieval consolidada felizmente como un complejo de civilización tradicional, la Cristiandad, alcanzó en algún momento floreciente una organización política equivalente y San Bernardo de Claraval al mismo tiempo místico especulativo, caballero y fundador de órdenes monásticas constructoras de catedrales, es una síntesis humana, figura de semejante cultura con sólidos cimientos en la tradición. Pero el Renacimiento acusa una ruptura insondable con la continuidad tradicional que rematará en este Occidente antitradicional o carente de principios que hoy experimentamos. Fue, en realidad, Felipe IV “el Hermoso” de Francia, quien con su encarnizada persecución de los templarios y la disolución final de la Orden, señala en pleno siglo XIV la subversión del orden establecido. Por primera vez en la historia de la Cristiandad, el poder real pone al papado a su servicio y se apoya en la burguesía para llevar a cabo sus designios. Con las ambiciones de este monarca se dan los primeros síntomas de la subversión en el marco de la ordenación sociopolítica comunitaria y por su ambición individual se robustece la fragmentación del Sacro Imperio en unidades nacionales cerradas entre sí. La consecuencia última de estos desmanes políticos será la búsqueda contradictoria de la potencia por parte del poder temporal, no ya en las armas y ni siquiera en la burguesía, sino en la masa popular, llegándose a hablar del “gobierno del pueblo”, como ha sucedido más tarde con el comunismo bolchevique.

En la involución cultural y política declinante, el Renacimiento reemplazará el teocentrismo por el antropocentrismo o humanismo activo incluso en el origen del cultivo de las ciencias humanistas en un “nuevo orden” que busca la integración del ser humano por medio de aquellas artes que lo completan en relación con las Letras. La Reforma, al fomentar el libre examen con el apoyo de la razón en su dimensión analítica, echará las bases firmes del individualismo y lo acompañará el racionalismo a ultranza. Los basamentos para la sustitución de una sociedad tradicional por otra profana e irremediamente naturalista estaban establecidos y el crecimiento de los falsos dogmas que le otorgan identidad a la edad moderna con sus creencias ciegas en el progresismo evolucionista, el vitalismo, el cientificismo y la democracia de masas, pronto lo vendrían a ratificar con su desembocadura final en la oclocracia ateniéndonos al vocabulario de Aristóteles o lo que ahora se conoce como democracias populistas o simplemente populismo. Los tumores antitradicionales descritos propios de la mentalidad modernista acrecidos, catalizados y consagrados por la filosofía de la Ilustración, se harán incurables por el debilitamiento espiritual del catolicismo y la proliferación de sucedáneos contratradicionales que han venido a nuestro mundo contemporáneo a llenar el vacío de espiritualidad: movimientos pseudometafísicos y pseudorreligiosos (ocultismo, espiritismo y teosofismo) y organizaciones pseudopolíticas y pseudoiniciáticas (marxismo y psicoanálisis). Tal era el cuadro subvertido, anárquico y caótico que Guénon descubría en el Occidente con el que convivió. Para la corrección de este estado de profunda desintegración, empero, inspirándose con férrea lógica en el cuadro de las enseñanzas tradicionales, veía asimismo Guénon un remedio, la reanimación de una cultura tradicional reactivada desde las entrañas del catolicismo mismo, revitalizando arcaicos intereses por medio de una élite espiritual y, de ser necesario, con el auxilio de las organizaciones esotéricas orientales. Ver F. García Bazán, «René Guénon y las posibilidades de la metafísica tradicional», en *Semana Guenoniana de Buenos Aires* 25-28 de agosto de 2010, MALBA Literatura.

atribuía equivocadamente el *Decretum Gelasianum* restrictivo de escritos “apócrifos”, pero que, en cambio, sentó las bases doctrinales de la teoría pontificia sobre la autoridad espiritual y el poder temporal que se ha mantenido como base dentro de la doctrina teológico política y del derecho canónico ininterrumpidamente hasta nuestros días. Ofrezco a continuación algunos extractos comentados de mi libro sobre *El papado y la historia de la Iglesia* (2014).

Gelasio (492-496), había modelado tanto la política como las cartas de su inmediato antecesor, el papa Félix III. Políticamente los reyes bárbaros, de confesión arriana, habían invadido el imperio de Occidente: los ostrogodos de Teodorico, Italia y Odoacro, asediado en Rávena hizo que los refugiados afluyeran aquí por doquier. Cuando Teodorico elimina a Odoacro en el 493 y se convierte en rey de Italia, Gelasio establece buenas relaciones con él. Arriano tolerante no se inmiscuye en los asuntos papales. Gelasio puso su fortuna personal al servicio de los pobres y generó las condiciones para el crecimiento y el reclutamiento del clero, pero con el cisma de Acacio fue tan severo como su antecesor Félix III quien lo había excomulgado. Este inconveniente le siguió generando una gran tirantez con el Oriente. Siempre insistió en convencer a sus rivales sobre la supremacía de la sede romana y fue el primer papa en ser saludado con el título de “Vicario de Cristo”, es decir, lugarteniente de Cristo, en el sínodo romano del 13 de mayo de 495. Pero su contribución más original en relación con la doctrina pontificia fue expuesta en una carta al emperador Anastasio y en otros textos, en donde desarrolla su teoría sobre las dos potencias que rigen el mundo, “la autoridad consagrada de los obispos” y “el poder real”, la primera residiendo en el papa, y la otra, en el emperador. Cada una de estas potencias constituye una carga recibida de Dios y es soberana e independiente en su propio dominio. Pero la autoridad espiritual es intrínsecamente superior, pues provee a la salvación del orden temporal. Esta doctrina será utilizada por siglos por los canonistas y para administrar las relaciones entre la Iglesia y el Estado. De acuerdo con esta convicción lo exasperaba que Constantinopla pretendiera ocupar el segundo puesto después de Roma en la cristiandad, como lo estableció el Concilio de Calcedonia. De este modo consideraba que era mayor la fidelidad de las iglesias de occidente hacia la Santa Sede. De acuerdo con lo expresado animaba a los obispos de Italia y de Dalmacia a erradicar los vestigios del pelagianismo y tomaba posición contra la fiesta pagana de las Lupercales, contra la que ya se había expedido Félix III, para que no se interpretara como un carnaval inofensivo. Fue escritor prolífico de cartas y de tratados teológicos, pero, como se anticipó, el *Decreto gelasiano* sobre un canon de la escritura y otros escritos semejantes que se le suelen atribuir, se puede sostener que no son de él. En síntesis puede afirmarse que es el papa más notable del siglo V. Una descripción dejada por Dionisio el Exiguo que frecuentó a sus discípulos, se refiere a su grandeza espiritual.

Con Gregorio II (715-731) reaparece el tema de la relación entre las dos potencias en su efectividad histórica. Romano intelectualmente dotado y educado en Letrán. Ecónomo y bibliotecario. Primer romano elegido después de siete papas de origen griego o sirio, fue el pontífice más eminente del siglo VIII. Dio pruebas de dotes diplomáticas deteniendo las violentas exigencias fiscales del emperador León III el Isaúrico (717-741), contuvo también los proyectos de expansión de los lombardos. En el 729 el católico Liutprando había hecho una alianza efímera con Eutiquio y amenazó a Roma, Gregorio irrumpió espectacularmente en el campo lombardo y Liutprando quedó tan impresionado que levantó el asedio y depositó sus insignias reales sobre la tumba de san Pedro en signo de sumisión. Se opuso a la

prohibición de León Isaúrico de la veneración de las imágenes sagradas bajo el pretexto de que esto impedía la conversión de judíos y musulmanes. En el 726 León dio entrada a su política iconoclasta que posteriormente fue seguida por un edicto del 730. Ella fue mal recibida en Italia, pero entre estos años el emperador le exigió a Gregorio, bajo pena de deposición, que aprobara la prohibición de las imágenes, aunque su réplica fue inflexible. Rechazó el iconoclasmo, calificándolo de herejía y advirtiendo a León que el dogma era tema de sacerdotes y no de príncipes, porque sus dos dominios si bien complementarios, eran diferentes. Respondió a sus amenazas afirmando valientemente que a tres millas de Roma y más allá el papa estaba seguro, pues todo Occidente respetaba al sucesor de Pedro. La noticia del ultimátum enviado por León a Gregorio dio por resultado sublevaciones en el norte de Italia, y la hostilidad del emperador a la veneración de las imágenes dio por consecuencia disgregar del imperio más todavía a sus súbditos de la península; pero la fidelidad a Gregorio no se debilitó. La solicitud de Gregorio hacia los pueblos del Norte de Europa –fue muy importante el sostén a la obra misionera emprendida en Germania por Wynfrith, al que renombró Bonifacio (680-754), venido de Inglaterra y desde aquí creció la unión con Carlos Martel, rey de los francos (716-741). Por Bonifacio la iglesia germánica naciente adoptó los usos litúrgicos romanos. Gregorio reconstruyó las murallas de la ciudad y otros edificios e iglesias y reanimó al monaquismo con sus abadías y su propia casa de la que hizo un monasterio consagrado a Santa Ágata. Encargó al abad Petrona de Brescia restablecer Montecassini destruido por los lombardos en el 720. Introdujo una misa para los jueves de Cuaresma. Esteban III (752-757), hermano mayor del prematuramente fallecido Esteban II, fue elegido enseguida en Santa María la Mayor. Poco después amenazó a Roma el lombardo Aistolfo (749-756) que venía de tomar Rávena, fijó una paz con Roma de cuarenta años, pero imponiendo un impuesto anual sobre cada uno de sus habitantes. Las ayudas pedidas a Constantino V, resultaron infructuosas, entonces el papa se dirigió a Pipino III, rey de los francos (751-768) y éste respondió favorablemente. Esteban fue hacia Francia, pasando por Pavía, capital de Lombardía, sin llegar a ningún acuerdo con Aistolfo; atravesó los Alpes, y el 6 de enero de 754 fue recibido por Pipino al sur de Châlons-sur-Marne, al día siguiente con su séquito le pidieron por el amor del Apóstol a Pipino ser liberados de los lombardos. Pipino se comprometió a librarlos de ellos tanto a la Iglesia de Roma como a las prerrogativas de san Pedro, o sea, del papa. El compromiso lo hizo por escrito – la donación de Pipino –, garantizando como posesión legítima de san Pedro, el ducado de Roma y Rávena y el exarcado y otras ciudades mantenidas por los lombardos. Hay historiadores que afirman que Esteban se basó para sus pretensiones en la supuesta *Donación de Constantino* a Silvestre I. Al mismo tiempo Esteban que había estado gravemente enfermo durante el invierno en la abadía de San Dionisio cerca de París, consagró solemnemente a Pipino, esposa e hijos, el 28 de julio de 754, confirmando la legitimidad de su dinastía y como protectores de la Santa Sede, les dio el título de “patricios de los romanos”. Pipino con fidelidad, primero invitó a Aistolfi a abandonar los lugares ocupados, pero fracasada la diplomacia lo venció en una corta campaña y le hizo jurar devolver al papa sus posesiones. Esteban volvió a Roma en donde fue recibido con frenético entusiasmo. Pero una vez que los francos hubieron cruzado los Alpes, Aistolfi violó su juramento, puso a Roma en asedio y destruyó sus alrededores. Por las súplicas reiteradas de Esteban, Pipino invadió nuevamente Italia, derrotó al rey lombardo y le impuso evacuar los territorios comprometidos, pero ahora dejó detrás de sí al leal abad de

San Dionisio, Fulrad, acompañado de tropas para que se cumpliera el tratado. Cuando, no obstante, los bizantinos protestaron, porque argumentaban que eran territorios de ellos, Pipino respondió que había tomado las armas por amor a san Pedro y por el perdón de sus pecados y que remitieran sus conquistas sólo a san Pedro, y así entregó todas esas comarcas a san Pedro y a la Iglesia romana a perpetuidad. Fulrad depositó las llaves de la ciudad y el acto de donación sobre la tumba del Apóstol. Así nació el Estado pontificio, sobre el que en los comienzos la soberanía del emperador era teóricamente reconocida. A la muerte de Aistolfi los súbditos de los lombardos pasaron a someterse a Pipino y la Santa Sede. Pero su reino llegaba a su fin, aunque con la bendición de Dios había actuado asiduamente “para el engrandecimiento de la república”. Fue efectivamente el fundador del estado pontificio. También transformó su residencia familiar en un monasterio consagrado a San Dionisio. Y fundó varios hospicios. Pipino reemplazó en su reino la liturgia gala por la de Roma. En esta breve crónica sobre la consolidación de los poderes, se omite la lectura sobre Pablo I (757-767), Adriano I (772-795) y Carlomagno (768-814)², para hacer referencia al papa León III (795-816) el sucesor de Adriano I, romano, de una modesta familia de Italia del sur, quien se subordinaba al emperador. A éste le respondía que si su función consistía en defender a la Iglesia y consolidarla defendiendo la fe, la del papa era la de orar como Moisés por el reino y para la victoria de su ejército. Hubo un conato de deposición, posiblemente justificada, pero Alcuino, consejero de Carlos no la reconoció: “Pues ninguna potencia terrestre podía juzgar a la Sede Apostólica”, y el rey hizo escoltar a León hasta Roma. Posteriormente, al comienzo de la misa de Navidad, como Carlos se levantaba después de haber orado ante la tumba de san Pedro, el papa colocó sobre su cabeza una corona imperial, la multitud lo proclamó emperador y León se arrodilló en señal de homenaje – éste fue el primero y último homenaje rendido por un papa a un emperador en Occidente –. Las relaciones eran excelentes, no obstante el papa era eclipsado por la imponente personalidad del emperador. Databa sus monedas de acuerdo con las fechas imperiales y Carlos tenía la iniciativa de los asuntos religiosos de su reino. También agregó el *Filioque* en el artículo del Credo después del Espíritu Santo ya aceptado, aunque León no era favorable al agregado. Después de la muerte de Carlos el 28 de enero del 814, pudo actuar de manera más independiente. Cuando hubo una nueva conspiración para deponerle y asesinarlo, juzgó a los comprometidos por traición y los condenó a muerte, explicando satisfactoriamente su conducta a la corte de Aix-la-Chapelle. Prolongó la política de expansión del esplendor de la Roma cristiana. Ejemplos: el nuevo *triclinium* que agregó a Letrán y los dos grandes mosaicos que lo decoran confirmando la voluntad de colaboración entre el emperador y el papa. La misma buena relación se mantuvo entre Esteban IV (816-817) y Luis el Piadoso (814-840), al que envió delegados para anunciarle su elección. Ungió y coronó a Luis y a su esposa Innengarda, como una consolidación espiritual de la posición real, pero que ofrece importancia histórica, pues sugería que la intervención papal era necesaria para el pleno ejercicio del poder imperial³.

² Ver F. García Bazán, *El papado y la historia de la Iglesia*, El Hilo de Ariadna, Buenos Aires, 2014, pp. 83-84; 99-100; 102-104. Ver o.c., pp. 104-105.

³ Sostenían largas conversaciones y es cierto que el emperador renovó oficialmente el pacto de amistad y de protección entre la comunidad franca y la Santa Sede, además las garantías del estado pontificio y de libertad de elección del papa, contenidas en el “privilegio” que Luis acordó posteriormente a Pascual I, se elaboraron en Reims. Poco después el papa falleció. Ver o.c., pp. 105-106.

Con Pascual I (817-824), romano y educado en Letrán, se sigue la relación armoniosa, con proyección hacia la evangelización danesa⁴. Prosiguen después en la continuidad de la historia papal EL LLAMADO PERÍODO OSCURO DEL PAPADO QUE VA DEL 827 AL 900 Y EL NEFASTO SIGLO X⁵ Y EL NEFASTO SIGLO XI: SIGUE SIENDO DE DECADENCIA, PERO TAMBIÉN DE GRADUAL LIBERACIÓN POLÍTICA DEL PAPADO: OSCURIDAD ITÁLICA, DEPENDENCIA ALEMANA E INFLUENCIA ESPIRITUAL DEL MONACATO, incluido Gregorio VII, el célebre monje Hildebrando⁶.

⁴ Además cuando Lotario, hijo de Luis, es coronado co-emperador en 817, vino a Italia en el 823 y Pascual lo invitó a Roma y con el acuerdo de Luis, lo consagró solemnemente el domingo de Pascuas y le dio una espada como símbolo del poder temporal necesario para la supresión del mal. Es el primer ejemplo de esta ceremonia, y se fue reconociendo al papa el derecho de coronar al emperador y de hacerlo en Roma. Sin embargo, Lotario no vio bien los privilegios otorgados por Luis a la Santa Sede y la quiso controlar más estrechamente. De este modo le dio un privilegio a la abadía de Farfa que la eximía de un tributo a la Santa Sede y nobles contrarios a Pascual se aproximaron a Lotario para restringir a los partidarios del partido clerical. Cuando se retiró Lotario de la ciudad dos partidarios del partido de éste sufrieron daños en Letrán, los culpables eran del partido pontificio. Ante la denuncia, Lotario abrió una investigación, pero Pascual sostuvo la legalidad de los actos. Durante este período pontifical volvió a recrudecer en el Oriente el iconoclasmo, ante el pedido de ayuda de Teodoro Estudita (759-826) Pascual hizo los reclamos ante el emperador sin éxito, pero pudo ofrecer hospitalidad a los monjes que huían del Oriente. Continuó embelleciendo Roma con Iglesias como Santa Cecilia en el Trastévere, quiso renovar Roma y sus monumentos según el arte y los ideales de la era de Constantino el Grande. El gobierno duro y voluntarista de Pascual le valió muchos enemigos y fue detestado por los romanos. Cuando murió un tumulto popular impidió que fuese enterrado en San Pedro. Su nombre fue inserto en el calendario por el historiador C. Baronio al fin del siglo XVI, pero su fiesta ha sido suprimida en 1963. La influencia del emperador avanza, pero con límites. Varios meses de disturbios siguieron a la muerte de Pascual, se atendió finalmente a Wala, consejero del emperador Luis I el Piadoso (814-840) y se eligió a Eugenio II, arcipreste de Santa Sabina, sobre el Aventino (824-827), con él empieza el control del papado por los francos estableciendo que no sólo el clero, sino también el pueblo de Roma, participaran en la elección del papa, el que elegido debía prestar juramento de fidelidad al emperador ante el legado representante de éste. La soberanía imperial sobre el estado pontificio quedaba confirmada por el juramento de fidelidad, al que estaban obligados todos los ciudadanos. Se dieron normas relativas en el sínodo de Letrán de noviembre de 826 que se extendieron a toda la iglesia franca, sobre el deber de los obispos, la formación de los clérigos, el derecho monástico, la santificación del domingo, y que se extendieron a toda la Iglesia franca. La cuestión del iconoclasmo, sin embargo, quedó firme, ofreciendo ayuda a los seguidores de Teodoro Estudita. Ver obra citada, pp. 107-109.

⁵ Este período de oscuridad va desde el 827 al 900, etapa gris de diecisiete papas preocupados en los conflictos políticos, uno (Valentín -827-, con sólo cuarenta días de funciones-) es elegido por los tres estados (nobles, religiosos y pueblo); otro, el primer caso en la historia de la Iglesia, muere asesinado (Juan VIII, 872-882), envenenado por miembros de su círculo próximo.

⁶ El siglo XI encierra la cadena de veintidós papas. Una visión de conjunto ofrece en los primeros tiempos un balance de decadencia institucional, pero gradualmente adviene la liberación política por parte del papado, con estadios de oscuridad itálica, dependencia alemana y posterior influencia espiritual del monacato, con algunos brillantes faros dentro de la intención emancipadora. Cfr. El papado..., pp. 109ss. y 121ss. que incluye a una personalidad reformista como lo es Gregorio VII (1073-1085). Se trata del personaje Hildebrando relacionado en este momento de la historia de los papas con la dinastía real alemana. Nacido en Toscana y educado en Roma, acompañó como capellán a Gregorio VI en su exilio en Colonia. Cuando éste murió ingresó en un monasterio de Cluny. El papa alemán León IX lo convocó de nuevo y siendo subdiácono lo nombró prior del monasterio de San Pablo. Desde entonces se dedicó a apoyar a los medios reformadores y fue el actor principal de las reformas de Nicolás II y Alejandro II y muerto este último fue elegido papa por aclamación popular. Aplazó su consagración hasta el día de San Pedro y San Pablo. No informó nada a Enrique IV ni solicitó su aprobación. En sus cartas se refleja su solidez intelectual y su experiencia eclesial, junto con un talento y

Algunos testimonios del siglo XII son dignos de nota en relación con nuestro tema: Calixto II (1119-1124) cierra el conflicto de las investiduras por el concordato de Worms --23 septiembre de 1122--, el emperador renuncia a investir al papa con la cruz y el anillo, símbolos de la autoridad espiritual, con lo que SE garantizaba la elección canónica y la independencia de lo sagrado. En atención al diálogo, Calixto admitió como reconocimiento personal a Enrique V (1106-1125) que las elecciones de obispos y abades de Alemania se llevarían a cabo en su presencia y que él investiría del poder temporal al elegido por la entrega del cetro, como el dominio sobre las cosas de este mundo. Fuera de Alemania estas ceremonias no eran requeridas. Frescos de Letrán recuerdan el acontecimiento. Eugenio III (1145, 1153), fue el primer cisterciense papa, Su consejero permanente fue Bernardo de Claraval, quien escribió para él el tratado sobre los deberes del papa, *Sobre la consideración*⁷.

determinación excepcionales que se unifican en su conducta. Tenía un altísimo concepto del papado según su *Dictatus papae* (1075) y fue el campeón de su reforma. Consideraba que la santidad del papa derivaba de san Pedro igual que su supremacía sobre los príncipes espirituales y temporales, que estaban sujetos a su hegemonía y a los que, por consiguiente, podía deponer. Todos los cristianos estaban sometidos al papa a los que podía juzgar y remover. Para liberar a la Iglesia de los abusos inmorales y de la tutela de los laicos reforzó los decretos anteriores contra el matrimonio de los clérigos y la simonía y superó las resistencias de franceses y alemanes al respecto. Prohibió también la injerencia de los laicos en los nombramientos eclesiásticos (1075). Esta última determinación sumada a la anterior desató finalmente el conflicto con Enrique IV, pues con estas reglas se anulaba la tutela real sobre los obispos. Al comienzo el rey ocupado en la guerra contra los sajones parecía de acuerdo en colaborar, pero vencidos éstos, nombró sus propios obispos en sedes de Alemania e Italia. Reprendido por Gregorio, convocó a un sínodo de obispos alemanes en Worm (1076) a los que se unieron los normandos. La asamblea depuso al papa y sus miembros lo invitaron a abdicar. Gregorio reaccionó excomulgando a Enrique, suspendiéndolo en el ejercicio del poder real y liberando a sus súbditos del deber de obediencia. Enrique IV, pese al apoyo de sus partidarios, juzgó prudente prometer obediencia al papa y solicitar la absolución, yendo en hábito de penitente al castillo de Canosa al norte de Italia. Esto sucedió a comienzos de 1077. La clemencia de Gregorio, sin embargo, fue un acto políticamente imprudente y con más razón al tratar de actuar de intermediario entre el monarca y su rival Rodolfo de Suabia, elegido rey en su lugar. Pero convencido de la intransigencia manifestada por la conducta de Enrique lo excomulgó de nuevo en 1080 y reconoció a Rodolfo como el legítimo rey. Enrique convocó una asamblea de obispos que depuso a Gregorio y eligió un nuevo papa bajo el nombre de Clemente III (antipapa desde el 25 de junio 1080; marzo 1084-8 septiembre 1100). Estos hechos le dieron un nuevo impulso a Enrique quien aprovechó la actitud inflexible de Gregorio, una conducta que motivó el abandono de trece de sus cardenales. Cuando en 1084 Enrique se adueñó de Roma, el normando Roberto Guiscard liberó a Gregorio, pero los excesos de sus tropas despertaron la hostilidad popular, la que se transfirió al papa, quien debió de este modo abandonar Roma y alejarse a Montecassini y después a Salerno, en donde murió, proclamando que había amado la justicia y aborrecido la iniquidad. Fue el suyo un papado notable: Mantuvo en equilibrio las relaciones con Felipe de Francia, Guillermo el Conquistador de Inglaterra y Alfonso VI de Castilla, en cuyo reino impuso la liturgia romana sobre la mozárabe. Sus tentativas para liberar a los bizantinos de los turcos y de sugerir una cruzada para la reconquista del Santo Sepulcro tuvieron cierto eco, pero la aparición de otras controversias impidió que se concretaran. Intervino también en las controversias eucarísticas contra Berenguer de Tours. Fue un gran papa y una figura imponente del mundo medieval. Profundamente religioso y apasionado por la justicia, quiso una iglesia libre y pura, aunque lo acompañaba un carácter autoritario e inflexible infiltrado por un fanatismo tenaz. Sus ideas contribuyeron a la sólida modelación del cristianismo occidental.

⁷ Eugenio III (1145-1153), el espíritu de monje siempre le asistió y al persistir el conflicto con la comuna popular de Roma fue consagrado en Farfa. El vínculo con Bernardo de Claraval se fortaleció al encargarle la predicación de la II Cruzada –que fracasó–. Prestó atención a cuestiones filosóficas y místicas que fueron examinadas en la ortodoxia de sus autores (Gilberto de la Porrée e Hildegarda de Bingen). Llevó a cabo un

Entrado el siglo XIII tenemos el caso de Celestino V y el aprovechamiento del canonista Benedicto Caetano quien será Bonifacio VIII y los desencuentros de Felipe el Hermoso con él y Clemente V⁸, acontecimientos que marcan las relaciones de poderes de

pacto de ayuda mutua con Federico Barbarroja. Su consejero permanente se ha dicho que fue Bernardo de Claraval, sin embargo, esta influencia no se debe exagerar.

⁸ Celestino V (1294-1296). Los cardenales no llegaban a los dos tercios, de esta manera la Iglesia se encontraba acéfala de papa. En estas circunstancias les llegó una carta que amenazaba con un castigo divino, si seguían dejando a la Iglesia sin cabeza orientadora. La epístola era de un ermitaño, Pedro del monte Morrone, Pedro Angeleri de Murrone, el eremita del Monte Morrone. Desde aquí se trasladó con dos compañeros a una cueva de la montaña Maiella en la región de los Abruzos, en donde fundó la Orden de los Celestinos. Convocado al pontificado contra su voluntad y gracias a la popularidad de sus virtudes de ermitaño, electo fijó su sede en Nápoles, en donde entró modestamente sobre un asno. Aquí lo protegió y vigiló Carlos II de Anjou, rey de Sicilia, principal interesado y propulsor de su elevación a la silla de san Pedro. Cinco meses después, Celestino pidió que lo liberaran de la pesada responsabilidad por considerarse sin preparación para dirigir la Iglesia. Abdicó de su posición e intentó retornar a la vida ascética. Diez días después fue elegido papa el cardenal Benedicto Caetano con el nombre de Bonifacio VIII, quien fijó nuevamente su sede en Roma, pero que reconociendo su impopularidad y por miedo a la reacción de la multitud, ordenó a Celestino que lo acompañara. Éste huyó en el trayecto y se escondió en su antigua celda del Monte Morrone, proyectando huir a Grecia; acosado, sin embargo, por Bonifacio, fue apresado y encarcelado en la torre del castillo de Fumone. Falleció por una infección el 19 de mayo de 1296. El 5 de mayo de 1313, a menos de veinte años de su muerte, lo canonizó Clemente V a instancias de Felipe IV de Francia como confesor y no como mártir, que es lo que pretendía el monarca en venganza contra Bonifacio VIII. Pietro Angeleri, con larga fama de asceta, taumaturgo y fundador de fraternidades mendicantes, impulsado al encargo pontificio por el sueño del siglo XIII de un “papa ángel” que renovarían el pontificado, en el corto e incompetente ejercicio de su papado, dominado por la nostalgia de la espiritualidad anacorética, le escapaba a las obligaciones del cargo, sembró de privilegios a las órdenes de las que era familiar y fue presa de las influencias del rey Carlos II. Pero decidió crear un jubileo especial, conocido como “Perdón de Celestino V”, que se mantiene y que se celebra anualmente en agosto en la basílica de Santa María di Collemaggio, en el Aquila. Aquí concurrió durante nuestro siglo Benedicto XVI en dos oportunidades después del terremoto del Aquila de abril del 2009 a honrar las reliquias del santo adhiriendo al sentimiento de san Celestino por el retiro del mundo. Así se cierra el siglo XIII y se abre el XIV con Bonifacio VIII (1294-1303) al que hemos comenzado a referirnos por sus vínculos con Celestino V, a lo que se debe agregar que si Celestino V angustiado por la urgencia de abandonar el cargo consultó para su abdicación voluntaria a un canonista célebre de la época, el mencionado Benedicto Caetano, el que le aseguró erróneamente que había antecedentes que la posibilitaban, generando una situación confusa, que concluyó con la elección papal del asesor en Castel Nuovo de Nápoles con el apoyo de la familia Colonna –la que posteriormente lo desautorizaría al desconocer la validez de la abdicación de su antecesor, agravada por las consecuencias desafortunadas de haber seguido su consejo –, en la actualidad el *Código de Derecho Canónico* es preciso sobre la posibilidad de renuncia papal: «Si el Romano Pontífice renunciase a su oficio, se requiere para la validez que la renuncia sea libre y que se manifieste formalmente, pero no que sea aceptada por nadie» (332 § 2). Tienen especial notabilidad los desencuentros de este nuevo papa con el rey francés Felipe el Hermoso (1285-1314). El primer lugar lo ocupa, la canonización de su padre, Luis IX (1214-1270), el segundo tiene que ver con la cuestión de la abdicación de Celestino a la que se ha hecho alusión más arriba y el tercero fue el enfrentamiento entre las familias romanas. Por la Bula *Unam Sanctam*, emite una nueva afirmación de la superioridad del poder espiritual sobre el temporal, aclarando que la sujeción de toda criatura al Pontífice romano es necesaria para la salvación. Fue notable mecenas del saber y el arte. Benedicto XI (1303-1304): dominico seguidor del papa anterior. Tuvo problemas con Felipe el Hermoso y también problemas con su médico: Arnaldo de Villanova, astrólogo, alquimista y mago. Fue un dirigente enérgico. Clemente V (1305-1314). Fueron decisorias las influencias sobre él del rey Felipe (con su odio al papa Bonifacio). Sometido el papa por el influjo del monarca fija por residencia Aviñón. También obra contra los caballeros del Temple. Pero cuando actuaba con independencia de Felipe era positivo, así se lo confirma en conductas político-religiosas con otros príncipes. Funda Universidades y cátedras de estudios orientales en París, Oxford, Bolonia y Salamanca. Edita las

esta época. En el siguiente siglo, Benedicto XII (1334-1342), fue un inquisidor infatigable y advirtió la necesidad de ser un especialista en teología, disciplina en la que Juan XXII estuvo flojo. Intentó poner orden riguroso en la economía, pero no pudo. De Alemania vino basada en la dieta de Francfort en el manifiesto *Fidem Catholicam* (1338), la doctrina que la autoridad imperial procedía directamente de Dios, pero no del papa, intermediando los electores (*Licet juris*); pero en un momento en el que el nepotismo era desenfrenado, él era un actor inocente.

En el siglo XV se registra la CONTINUACIÓN Y FINAL DEL CISMA DE OCCIDENTE, con una duración de 39 años, iniciado con el trastorno mental de Urbano IV, respetándose la condición espiritual de su estado de elección.

Los Papas Renacentistas no influyeron en nuestra temática⁹. Pero el siglo XVI fue unilateral: Es el siglo de la influencia del Imperio español sobre el Pontificado. Carlos V (reina 37 años y Felipe II, 42, son 79 años del gobierno hispano). La política, las guerras, el arte y la teología tratan de descifrar y justificar esta situación de privilegio¹⁰. Sin embargo el SIGLO XVII SE CARACTERIZA POR LA OPACIDAD Y EL SIGLO XVIII REPRESENTA EL ECLIPSE Y LA DEVASTACIÓN DEL PAPADO Y DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, REMATANDO EL PANORAMA

Clementinas, compilación de derecho canónico. Juan XXII (1316-1334) es célebre el conflicto con los franciscanos. Tomó por influencia de Miguel de Cesena, General de los franciscanos, medidas severas contra los espirituales, pero más adelante éstos reconocieron que era ortodoxo enseñar que: “Cristo y los apóstoles no poseían nada en propiedad”. Contra el papa, una importante minoría pasó al cisma, entre ellos De Cesena, quien escapó de Aviñón y se refugió en la corte de Luis IV de Baviera (1314-1347), con Guillermo de Occam y Bonagratia de Bérghamo. Fueron excomulgados. Pero el monarca Luis tuvo éxitos bélicos, el papa lo excomulgó y el rey lo trató de hereje, por su actitud ante los espirituales franciscanos. A él lo ayudaron no sólo los franciscanos cismáticos, sino asimismo Marsilio de Padua (1275-1342), guía de los teóricos del estado laico, cuyo libro, *Defensor pacis* – 1324-, había sido condenado por el papa en 1317. Luis IV entró en Roma en 1328, depuso al papa como a Jacques de Cahors. Superados estos momentos, al final favorablemente, Juan promovió las misiones en Asia, aunque también condenó a Maestro Eckhart. Pero también Juan fue acusado de herejía por la Universidad de París (1333) en relación con el tiempo de la visión de Dios de los salvados. Sus adversarios explotaron a fondo el escándalo y buscaron que fuera condenado por un concilio general, ante el que se retractó. La influencia francesa fue por él consolidada, así como el nepotismo. [[de 1328 a 1330 tiene vigencia un antipapa Nicolás V que crea nuevos cardenales y obispos y apoyó a Miguel de Cesena y Guillermo de Occam, que posteriormente abandonados por Luis de Baviera, se alejan de él]].

⁹ Nicolás V (1447-1455), Gozaba con la compañía de humanistas y eruditos. Bibliófilo tenaz hizo traducir autores del griego y latín, clásicos y patrísticos. Fue el verdadero fundador de la Biblioteca Vaticana. Aspiraba a que la Iglesia fuese guía de la cultura. Coronó a Federico III como emperador en San Pedro. Sin embargo, al comienzo de 1453 hubo un complot contra él que lo quiso asesinar, pero fue descubierto y abortado.

¹⁰ Alejandro VI (Rodrigo de Borja), la política, las guerras y el arte (Julio II, León X, Adriano VI –Dedal, Clemente VII, Pablo III (la bula *Regimini militantes ecclesiae* 1540), Julio III, Pío IV, Pío V, ejecutor del Concilio de Trento y Sixto IV (1471-1484), franciscano, predicador buscado y teólogo penetrante, opuso los franciscanos a los dominicos. No le importaban los medios elegidos y abre la línea de pontífices secularizadores del papado. Apoyó a los franciscanos –eleva a san Buenaventura a los altares– y a los Reyes Católicos en el control del reino con la entrada de la Inquisición en España y la confirmación de Tomás de Torquemada bajo su dirección. Le interesó el mantenimiento de los estados pontificios y el progreso de su propia familia. Sus sobrinos, a los que elevó a cardenales, estuvieron implicados en escándalos inocultables y guerras intestinas. Atrajo a los mayores pintores y escultores de su tiempo e hizo de Roma, una ciudad que todavía era medieval, una ciudad del Renacimiento. Gregorio XIII, Sixto V, Clemente VIII – quien manda a Giordano Bruno a la hoguera --.

RELIGIOSO LA OPRESIÓN DE LA ILUSTRACIÓN¹¹. Pero el SIGLO XIX ENCIERRA LAS TENTATIVAS DE REANIMACIÓN POLÍTICO-RELIGIOSAS. Seleccionamos como ilustración a Pío IX (1846-1878). Progresista moderado de largo pontificado, 32 años, el más extenso de la historia. Fue reducido a un pequeño reino, el Vaticano, en el que se consideraba prisionero por el gobierno usurpador de Italia. Con la declaración en el *Syllabus* – anejo a la encíclica *Quanta cura* – de la aceptación del progreso, el liberalismo y la civilización moderna como doctrinas malsanas, dio un golpe frontal al catolicismo liberal. Convocó al Concilio Vaticano I por la constitución *Pastor aeternus* como pastor infalible, ratificando su posición contra la postura conciliarista. Entronizaba con estas medidas una especie de ultramontanismo equilibrante. De este modo puede sostenerse que el papado había perdido tierras, pero había afirmado su autoridad interior, una regeneración espiritual que se necesitaba e inseparable de la función del papa como “pastor de almas”. León XIII (1878-1903), no obstante, trató de ajustar a la Iglesia con la época moderna. Enfrentó al socialismo, al comunismo, al nihilismo y a la francmasonería. Abrió el diálogo entre la Iglesia y la sociedad, En el mismo orden de la enseñanza, pidió a los historiadores católicos objetividad en sus exposiciones; abrió los Archivos del Vaticano a los eruditos sin tener en cuenta su confesión religiosa y dio directivas para las investigaciones bíblicas. Varias de sus encíclicas se dedicaron asimismo al orden socio-político: de este modo en *Inmortale Dei* (1º noviembre 1885) definió los campos respectivos de la autoridad espiritual y el poder temporal, admitió de mala gana la

¹¹ Clemente XIII (1758-1769). Estudió con los jesuitas en Bolonia. Debió afrontar una ofensiva total contra la Compañía de Jesús, ya iniciada por su antecesor en Portugal. Se los acusaba a través del ministro Pombal de «comercio ilegal, incitación a la revolución del Paraguay y de complicidad en un complot para asesinar al rey», fue inútil su apoyo, pues su nuncio fue expulsado y rotas las relaciones diplomáticas. Unidos los Borbones, la misma conducta fue seguida por Francia en 1764, de España fueron expulsados en 1767 y se llegó al momento culminante en 1769, cuando estas potencias nacionales pidieron la disolución de la Orden, pero Clemente se negó a la disolución. Pío VI (1775-1799). Tuvieron esperanzas en su elección tanto los projesuitas como los enemigos. Enamorado de su apariencia, retornó al nepotismo. Dejó edificios espléndidos y otras construcciones, y así vació la tesorería vaticana. En su época el secularismo y el ateísmo crecieron exponencialmente y los gobiernos deseaban controlar a la Iglesia en sus dominios. Si Francia, España y Portugal se mantenían con cierto equilibrio, sin embargo, el emperador José II (1765-1790) en Viena, quería la plena tolerancia y poner el orden eclesiástico bajo su dominio (josefismo). Avanzaron las ideas de Frebonius y parte de las iglesias de Alemania sostuvieron la autonomía de sus obispos respecto de Roma; la reacción llegó a Italia, el papa la quiso detener mediante la bula *Auctorem fidei*, pero fue inútil. También se presionaba sobre los soberanos de Prusia (Federico II) y Rusia (Catalina II) por el ingreso de los jesuitas a sus territorios. Catalina incluso admitió un noviciado en 1780 (más tarde él dio la aprobación secretamente). Mayores problemas trajo la Revolución Francesa que llegó a pedir a los clérigos un juramento de fidelidad al régimen. De acuerdo con estas circunstancias Pío VI denunció la Constitución Francesa como cismática, declaró sacrílegas las ordenaciones de los nuevos obispos estatales, suspendió a prelados y sacerdotes que habían prestado juramento cívico y condenó la *Declaración de los derechos del hombre* (1789). Se rompieron las relaciones diplomáticas y Pío sostuvo la primera coalición contra Francia. Incluso cuando Napoleón ocupó Milán en 1896, rechazó retirar la condena de la Constitución Civil de la Revolución. Napoleón invadió los Estados pontificios y Pío debió aceptar condiciones de paz que incluían la cesión de manuscritos y obras de arte muy valiosas y el abandono de parte importante de sus estados. En *Pastoralis sollicitudo* (5 de julio de 1796) se reconocía a la República y ordenaba a los católicos obedecerla, lo que no satisfizo al Directorio. Poco después el general L. Berthier entró en Roma, proclamó la república romana y destituyó a Pío VI. Éste vivió durante varios años en la cartuja de Florencia, quiso el Directorio desterrarlo a Cerdeña, pero su precaria salud no lo aconsejaba. Después lo fue cambiando de lugares, hasta que falleció prisionero. Con Pío VI avanzado el año 1789, el infortunio del papado había llegado a su culminación.

democracia política en *Diuturnum Illud* (1881) y defendió a la Iglesia como la guardiana de una libertad bien comprendida (*Libertas praestantissimum*). Lo esencial de un gobierno según su preclara doctrina es que tienda al bien común. La *Rerum novarum* (15 de mayo de 1891) sigue teniendo vigencia actual, incluyendo una enseñanza sobre la propiedad privada y el derecho de los asalariados a un justo salario, lo que incluye los derechos laborales y sindicales de los trabajadores. Se manifestó con este escrito como un adalid de la justicia socialmente aplicada, lo que le valió el título de “papa de los obreros”¹².

En el siglo XX sobresalen para nuestro propósito descriptivo, Pío X (1903-1914). De origen humilde, hijo de un cartero y una costurera, fue su divisa: “Restaurar todas las cosas en Cristo”. Su Secretario de Estado fue el español Rafael Merry del Val. Actuó con independencia de todos los gobiernos estatales. Lo caracterizó el rechazo del modernismo, el control de las asociaciones católicas y la aproximación a la Acción Francesa, partido monárquico de derecha. Puso el acento en la renovación espiritual y moral del clero. Respecto de los laicos fue el precursor de la Acción Católica. Su mentalidad era

¹² Predecesores fueron: Pío VII (1800-1823). Él es guía religioso en un momento de cambio y admite que no hay contradicción entre el cristianismo y la democracia. Su secretario era un hombre de genio: Ercole Consalvi. Mientras que austríacos y napolitanos se fueron de los territorios pontificios, los franceses se resistían. Hizo concordatos con Francia e Italia. Hubo dificultades con Napoleón nuevamente que lo tuvo preso en Fontainebleau, pero cuando al gobernante francés le fueron mal las cosas por el uso de las armas, tuvo que ceder, así Pío pudo volver el 7 de junio de 1815 al Vaticano. Su resistencia le valió prestigio, llamó de nuevo a Consalvi y en el Congreso de Viena recuperó casi todos los estados Vaticanos. Rechazó integrar la Santa Alianza, entre cuyos miembros había representantes cismáticos y herejes. Fue reorganizando el mapa político de acuerdo con los nuevos tiempos. Con los países católicos colaboró como contrarrevolucionario y con los no católicos apeló a las ideas de tolerancia y libertad. Hizo concordatos con la Prusia protestante y la Rusia ortodoxa y buscó el acercamiento con las repúblicas sudamericanas insurrectas contra España, pero preconizaba la neutralidad de la Santa Sede ante las mutaciones. Las cuestiones religiosas fueron antepuestas a las administrativas y políticas. En 1814 restableció a la Compañía de Jesús. Como protector de la sana doctrina, condenó a las Sociedades Bíblicas protestantes y al indiferentismo religioso alentado por la Revolución Francesa y la masonería. Hombre valiente y comprensivo, acogió en Roma a la familia de Napoleón, animó a artistas como Canova, abrió los colegios cerrados y quiso que Roma fuese de nuevo un centro de arte. Trató de adaptar Roma al mundo moderno y a su muerte gozaba de amplio respeto. León XII (1823-1829). Fue elegido por un grupo que se oponía al “liberal” Consalvi y se consideraba más reaccionario y conservador (los *zelanti*). Hombre ético, pero sin capacidad de gobierno. Reaccionó ante ciertas liberalidades reforzando el *Index* y el Santo Oficio, favoreció también a los jesuitas. Fue en muchos aspectos renuente al progresismo y esto levantó las sospechas de las cortes europeas, pero oportunamente escapó a esta actitud. Asumió la potestad del nombramiento de obispos para América y siguiendo a G. Ventura y F. R. de Lamennais admitió que siendo jefe universal de la humanidad, debía alejarse de la acción política y ofreció resistencia a la marea ascendente del liberalismo. Había que fortalecer no la política, sino la renovación religiosa, restableciendo el contacto entre el papa y el pueblo cristiano, promoviendo el retorno a la fe. Sin embargo, la perspectiva clerical y poco realista, siempre lo hizo profundamente antipopular. Pío VIII (1829-1830). La actitud de indiferencia religiosa tenía preocupada a la grey católica. Era necesario volver a un tradicionalismo, más bien acartonado, de poca flexibilidad, aunque restableció lazos con los obispos norteamericanos. Gregorio XVI (1831-1846), monje austero, erudito y antiprogresista – un ejemplo lo ilustra, se negaba a la expansión del ferrocarril–. Condenaba el liberalismo moderno por su indiferentismo religioso y era contrarrevolucionario. Reorganizó la jerarquía eclesiástica, reformó las órdenes religiosas y asimismo creó otras nuevas. Promovió el culto a la Inmaculada Concepción de María. Puso asimismo orden en los nombramientos en América Latina y en las diócesis de los Estados Unidos de América y Canadá. Fomentó asimismo la investigación arqueológica.

conservadora, pero fue un papa reformador y constructivo¹³. Pío XI (1922-1939). Dueño de tres doctorados, paleógrafo experto, fue prefecto de la Biblioteca Vaticana. Propugnó que la Iglesia y el cristianismo debían ser activos en la sociedad y no aislarse. Inauguró la Acción Católica, o sea, la colaboración de los laicos con la jerarquía eclesiástica en la misión de la Iglesia, estableció en esta dirección la fiesta de Cristo Rey y los Congresos eucarísticos bianuales, igual que publicó varias encíclicas, entre ellas, *Casti connubii* (30 diciembre 1930), que definía el matrimonio cristiano y condenaba la contracepción, la *Quadragesimo anno*, que reafirmaba la doctrina social de León XIII y otras, incluida en ellas la preocupación económica. Sus numerosas canonizaciones perseguían el mismo fin religioso (Tomás Moro, san Juan Bosco y santos doctores como Alberto el Grande (1200-1280), Juan de la Cruz (1542-1591), Roberto Bellarmino (1542-1621). Buscó regularizar las relaciones internacionales con la colaboración de sus secretarios Pietro Gasparri y Eugenio Pacelli, el más importante de estos acuerdos fue el *Tratado de Letrán* con Benito Mussolini (11 febrero 1929), que hizo de la Ciudad del Vaticano un estado autónomo. Según el acuerdo se reconocía a Italia como estado independiente y la religión católica como religión oficial de Italia. Al seguir sin resultados de cese la persecución soviética de los cristianos, fue condenado el comunismo ateo en la *Divini Redemptoris* (1937). Confiado en Adolfo Hitler y temiendo al comunismo, firmó un concordato con la Alemania nacional socialista, que detuvo la oposición católica al líder alemán, pero que le valió muchas críticas. Se siguieron, sin embargo, numerosas protestas contra el régimen por su curso opresivo y en marzo de 1937 con *Mit brennender Sorge* consideró al nazismo como profundamente anticristiano. También condenó la persecución católica en México y alentó a los católicos mexicanos a promover la Acción Católica, rechazó la separación Iglesia-estado impuesta por la República española en 1933 y se puso del lado del levantamiento de Franco de 1936 y cuando el régimen de Benito Mussolini adoptó las doctrinas raciales de Adolfo Hitler, lo condenó. Apoyó a las misiones y a los catolicismos autóctonos. Como el primer papa erudito después de Benedicto XIV, creó el Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana, transfirió a Castelgandolfo el Observatorio Vaticano, reformó la formación del clero y fundó la Academia Pontificia de Ciencias. En 1931 instaló una radio en el Vaticano¹⁴.

¹³ Benedicto XV (1914-1922). Elegido al comienzo de la primera Guerra Europea, por su experiencia diplomática. Estrictamente neutral entre los beligerantes, aunque acusado por cada bando de favorecer al otro. Temía al expansionismo ortodoxo ruso. Concluida la guerra mandó como nuncios a los nuevos estados a quienes serían futuros papas (Pío XI y Pío XII). Se multiplicaron las relaciones diplomáticas de catorce a veintisiete y preparó el terreno para la “cuestión romana”. Se aproximó también doctrinal y diplomáticamente al Oriente (creó el Instituto Pontificio Oriental), fue considerado el “papa de las misiones”, antiimperialista, que apoyó la búsqueda de lo propio. Los turcos lo admiraban, y ratificaron esta admiración con el testimonio de una estatua.

¹⁴ Pío XII (1939-1958). Hombre de derecho. Sucedió a Gasparri como Secretario de Estado, así fue autor de los concordatos con Austria y Alemania, aunque las violaciones de derechos de A. Hitler y la degradación de la Iglesia en Alemania trajeron dificultades crecientes. Entre sus visitas oficiales hay que incluir Argentina (1934). Fue elegido en un solo día, en los comienzos de la II Gran Guerra que estalló en septiembre, y desde Roma como ciudad abierta, siempre se pronunció por la paz. Consideraba el comunismo más peligroso que el nazismo. Apoyó a los regímenes personalistas de Portugal (Salazar) y España (Franco) y dio doctrina católica por medio de varias Encíclicas. Aumentó la cantidad de los cardenales, reduciendo el número de los italianos. Investigó el subsuelo de San Pedro y alentó las relaciones con otras organizaciones de creyentes. Fue el primer papa extensamente conocido gracias a la radio y la televisión. Personalidad autoritaria, en sus últimos años fue

3. Origen de la doctrina

Es posible que el contacto del papa Gelasio con la cultura de los pueblos invasores del Oriente europeo renovadores de la cultura tripartita de las tres funciones indoeuropeas, sacerdotal, guerrera y artesanal, que influyó en la organización social medieval haya respondido a sus incitaciones. Pero creemos que su interpretación cristiana precisa a fines del siglo V^o se adaptaba a la tradición arcaica de los autores de la patrística, que ya habían elaborado la distinción jerarquizada entre los conceptos de *pantodýnamos* y *pantokrátor*. El primer vocablo relativo a potencia total equivale a la *auctoritas* latina, lo que posibilita crecimiento, porque es infinitud de potencia sin relación a dominio; mientras que *pantokrátor* corresponde al *imperium*, puesto que es totalidad de poder con referencia a aquello que domina, poder de dominio actual o de mando sobre un todo; necesita del objeto actual para ejercitarse: *qui a omnibus imperat o tenet*. Mientras que el *pantokrátor* ejerce el mando de hecho, el *pantodýnamos* lo posee de derecho sin necesidad de ejercitarlo. Por eso el Señor del universo es *pantokrátor*, mientras que el *pantodýnamos*, es Señor en absoluto. El *pantokrátor* es *omnitenens* u *omnipotens*, pero el *pantodýnamos* tiene su paralelo en *apeirodýnamos* o *infinitipotens*, potencia infinita. La distinción de ambos conceptos y sus campos de aplicación en el mismo ámbito de la divinidad están presentes en la teología cristiana temprana, en Clemente de Alejandría (*Eclogae Profeticae*), Orígenes, *De principiis*, Tertuliano y el *Corpus Dionysianum*¹⁵. En la medida en que los intereses actuales de la Iglesia se han orientado a responder a las cuestiones sociales, políticas, económicas o filosóficas dominadas por las ideologías contemporáneas militantes, el planteamiento sobre la autoridad espiritual y el poder temporal no aparece en primera línea como si se sintiera rubor por su exposición de vocación altamente metafísica y estratégicamente se silencia el desarrollo, aunque se respeta el fundamento. Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI han adoptado un discurso discretamente conceptual, pudiera ser que el papa Francisco con su insistencia en la etimología de Pontífice como “hacedor de puente” en algún momento propale esta otra, más arcaicamente tradicional.

Francisco García Bazán

Fundación de Estudios de la Antigüedad Tardía

Edison 501 (1640) Martínez, Buenos Aires

fgbazan@hotmail.com

fundantardia@gmail.com

rodeado por un grupo estrecho, de escasos escrúpulos. Cuando falleció tenía más prestigio en el mundo que en Roma.

¹⁵ Ver A Orbe, *Hacia la primera teología de la procesión del Verbo. Estudios Valentinianos I/1*, Roma, 1958, 169—171, n.14.